
El rol de las mujeres en las maras: una aproximación a la violencia que sufren e infringen*

The rol of woman in Maras: An approach to the violence they suffered and execute

Carolina Sampó**

CONICET – Programa de Defensa y Seguridad, Universidad Nacional de La Plata

Recibido: 1 de noviembre de 2016. Aprobado: 22 de enero de 2017

Resumen

Las maras centroamericanas son fácilmente asociadas con jóvenes hombres tatuados perpetrando actos de violencia. Sin embargo, y a pesar de su falta de visibilización, existe un número creciente de mujeres dentro de las maras. El presente trabajo se propone analizar el papel de las mujeres en este tipo de organización, considerando el escenario de violencia estructural que afecta a los países del Triángulo Norte de América Central (Guatemala, El Salvador y Honduras), así como la fuerza de la sociedad patriarcal que parece reproducirse al interior de cada organización. La metodología utilizada es cualitativa y se basa en fuentes primarias y secundarias. Los principales resultados obtenidos apuntan a que las mujeres tienen roles diferenciados y una importancia central en la reproducción de la estructura de la mara.

Palabras clave: maras, mujeres, Centroamérica.

* El presente artículo es resultado de la investigación posdoctoral "Criminalidad y violencia: las maras centroamericanas y su incidencia en la seguridad regional", financiada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet).

** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) – Programa de Defensa y Seguridad, Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Correo electrónico: carosampo@gmail.com

Abstract

Central American *maras* are easily associated with images of violence perpetrated by young tattooed men. However, despite its lack of visibility, there is a growing number of women that develops a variety of roles within the *mara*, although the most common still is to accompany men. This paper analyzes the role of women inside the *mara*. Our work will take place bearing in mind the scenario of structural violence affecting the countries of the Northern Triangle (Guatemala, El Salvador and Honduras), as well as the strength of a patriarchal society that seems to be reproduced inside every organization.

Keywords: maras, women, Central America.

Introducción

América Latina es hoy considerada una de las regiones sin guerras más violenta del mundo. En este sentido, cabe destacar que, de acuerdo con estadísticas de la Organización de los Estados Americanos (OEA) del año 2008, a pesar de concentrar solo el 8% de la población mundial, Latinoamérica detenta el 42% de los homicidios globales y el 62% de los secuestros. Asimismo, datos más actuales del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, 2013) ponen de manifiesto que solo el sur de África supera a Centroamérica en lo que respecta a homicidios por cada 100 mil habitantes (aunque en ambos casos la tasa es más de 25 y menos de 30).

Las cifras son aún más alarmantes si nos concentramos en lo que ha sido bautizado como Triángulo Norte (compuesto por Guatemala, El Salvador y Honduras), escalando a 90,4 homicidios por cada 100 mil habitantes en el caso de Honduras; a 41,2 en el caso de El Salvador; y a poco más de 40 en Guatemala. Vale resaltar que los homicidios se encuentran concentrados en una franja etaria bien delimitada que abarca de los 15 a los 44 años, siendo el grupo que va de los 30 a los 44 años el de más alto riesgo, específicamente en el caso de los hombres.

Si se trata de analizar la distribución de homicidios de acuerdo al sexo, a nivel global el 79% de las víctimas son hombres (así como también son el 95% de quienes llevan adelante los homicidios). En el caso de Centroamérica, 29,7 mujeres por cada 100 mil habitantes dan cuenta de la concentración de los homicidios en el sexo masculino. Es importante

aclarar que esta proporción es mucho más alta que el promedio mundial (9,7 hombres por cada 2,7 mujeres por cada 100 mil habitantes); y si se tiene en cuenta la ocasión del homicidio, se ve cómo la violencia doméstica o intrafamiliar es la principal causante de muerte de las mujeres, mientras que la violencia social aparece como la responsable del deceso de los hombres. Sin embargo, es interesante ver en este contexto particular qué rol desempeñan las mujeres en relación a la violencia, especialmente teniendo en cuenta que, de acuerdo a las cifras reportadas en el informe de las Naciones Unidas, los homicidios de mujeres superan el 11% en los países de la región donde más impacto tienen, como Guatemala, El Salvador y Costa Rica (UNODC, 2014). De acuerdo con Gurney (2014), “el feminicidio es la principal causa de muerte entre las mujeres jóvenes del Triángulo Norte”.

Estos índices de violencia están altamente relacionados, aunque no de forma exclusiva, con un fenómeno muy particular como lo es el de las maras. Entendidas como pandillas transnacionales, eminentemente urbanas, las maras buscan extender su control territorial a fin de multiplicar los réditos sociales y económicos que dicho control les reporta; estas utilizan la violencia no solo porque es una parte constitutiva de la organización, sino también como medio para controlar su territorio y avanzar sobre la mara rival. En este sentido, es necesario destacar la existencia de dos grandes organizaciones, dos maras antagónicas (aunque estas son distintas, en especial en lo que concierne al número de miembros y la estructura que respetan, además existen otras pandillas, de menor alcance territorial y con muchísimos menos miembros, que no son transnacionales). Nos referimos a la mara Salvatrucha o MS 13 y a la mara Barrio 18 o M18 (Sampó, 2013).

El origen de ambas maras se remonta a las calles de Los Ángeles en tiempos en que las guerras civiles azotaban a los países centroamericanos. Pero, más allá de su conformación en territorio estadounidense (Arana, 2005), la importancia del fenómeno para nuestra región radica en la llegada de miles de deportados que han sido obligados a retornar a un país que desconocían y les era ajeno. A la debilidad de los Estados centroamericanos, incapaces de proveer oportunidades a estos jóvenes, se sumó el desconocimiento que estos tenían de la cultura local e incluso, en muchos casos, del idioma. En ese contexto, la adaptación social terminó posponiéndose porque fueron las redes tejidas por la mara desde Estados Unidos, reproducidas en Centroamérica, las que generaron los sistemas de inclusión necesarios para sobrevivir.

De esta manera, a falta de un Estado inclusivo y frente a una sociedad que los marginaba, los jóvenes deportados reprodujeron sus conductas y se reportaron a la mara al pisar territorio centroamericano. Cada clica, célula o pequeño grupo que conforma el nivel más

bajo de la mara –aquel que controla la esquina o la cuadra– se encargó de proveer a los recién llegados la identidad y el sentido de pertenencia del que carecían: les proporcionó una familia sustituta allí donde se encontraban solos. Por eso también las maras siguieron creciendo; porque incorporaron a niños y jóvenes que provenían de hogares desmembrados, donde la figura de los padres era débil o incluso estaba ausente, donde la autoridad empezaba a ser un concepto cuestionado y hasta desconocido (Sampó, 2014). Sus pares los hicieron sentir reconocidos; les dieron importancia y poder en su barrio. De allí surge la lealtad a la mara y el respeto al estricto código de silencio que rige la vida de los mareros.

En este contexto, el presente trabajo busca analizar un aspecto de las maras que es bastante desconocido: el rol de las mujeres al interior de estas pandillas urbanas. Vale decir, este artículo analiza el papel que ellas ocupan en estas organizaciones, teniendo en cuenta las especificidades de las sociedades en las que este fenómeno se desarrolla, particularmente el machismo reinante y la violencia estructural. Es importante destacar que, aunque el número de mujeres en las maras es muy minoritario en comparación con el de los hombres (30-70% o 20-80%), en los últimos tiempos ha ido *in crescendo*. Cada mara, cada país y cada clica presenta particularidades en este sentido, pero, de acuerdo con algunos reportes, desde hace un tiempo a esta parte existen incluso organizaciones locales fundadas por mujeres y células donde hombres y mujeres cuentan con prácticamente la misma cantidad de miembros (Comisión Española de Ayuda al Refugiado [CEAR], 2013). Con el fin de aproximarnos al lugar que ocupan las mujeres en la mara y a cómo se relacionan estas con la violencia, se incluirán aquí testimonios recogidos por parte de distintas organizaciones no gubernamentales.

La violencia

Las centroamericanas son, sin duda, sociedades atravesadas por la violencia. Las guerras civiles que las azotaron hasta fines de la década de 1980, luego de prolongarse por más de treinta años, dan cuenta de lo estructural que es este fenómeno en el istmo. Al igual que en el caso de Brasil, la violencia en el Triángulo Norte centroamericano no parece estar vinculada con el incremento de la criminalidad, sino que aparece como una situación crónica, endémica y estructural, en palabras de Sampó y Troncoso (2015). Pero sí es cierto que desde que las maras se “tomaron” las calles en las ciudades más importantes de Guatemala, El Salvador y Honduras, la seguridad pública se ha visto severamente reducida y ha proliferado la violencia en sus distintas manifestaciones.

En este contexto, es interesante la tipología creada por Galtung (2004), que establece tres clases de violencia: la estructural, la cultural y la directa. Mientras que la última es visible, las primeras dos son invisibles. La violencia directa es resultado de la violencia cultural y estructural, las que aparecen como móviles de la acción humana y emplean a actores violentos para rebelarse contra las estructuras, legitimando el uso de la violencia a partir de referencias a la cultura. La violencia directa refuerza la violencia estructural y cultural existentes de manera tal que la sociedad reproduce un círculo vicioso que deja de manifiesto el hecho de que la violencia solo puede ser modificada por medio de la violencia. En consecuencia, se refuerza la cultura del conflicto (Sampó y Troncoso, 2015).

La violencia directa es la que deja a la vista sus resultados y puede ser medida a partir de homicidios, heridos e incluso desplazados. La violencia indirecta, en cambio, es mucho más difícil de diferenciar y medir. Puede ser verbal o psicológica y se vale de la coerción y de la intimidación como herramientas para su desarrollo (Galtung, 2004). Es esta violencia la que, exacerbada, trae como consecuencia irremediable la aparición de su expresión directa, la que debe ser considerada estructural y hasta cultural. Es esta forma de violencia la que nos permite comprender el modo en que se comportan algunos actores sociales, como es el caso de las maras dentro de sociedades particulares.

Las extorsiones y el “cobro de peajes”, elementos constitutivos del control territorial que ejecutan las clicas sobre sus colonias, son sin lugar a dudas formas de ejercer la violencia indirecta. A estas manifestaciones concretas se les suma la intimidación permanente derivada de la presencia misma de las maras, con sus armas, sus drogas y su necesidad de sentirse poderosos y reconocidos. El miedo, entonces, se convierte en un elemento de coerción que da cuenta de la violencia indirecta que ejercen las maras sobre la sociedad civil.

Lo mismo pasa dentro de la misma mara: los jefes ejercen su poder sobre el resto de los miembros, especialmente a partir de la implementación de un estricto código de silencio. Es decir, “lo que pasa dentro de la mara, queda en la mara”. En este sentido, como todos los miembros de una mara se encuentran involucrados en actos ilícitos de mayor o menor envergadura, resulta peligroso pensar en romper esa regla, porque además ello implicaría la traición a la clica y el traidor sería susceptible de ser castigado con la muerte, sea propia o de un ser querido. En ese último caso estaríamos hablando de lo que Morrison, Buvinic y Shifter (2005) denominan violencia instrumental, ya que es resultado de un cálculo racional; mientras que cuando nos referimos a actos espontáneos, a una respuesta agresiva, estamos frente a una manifestación emocional de la violencia. Las maras se

caracterizan por este último tipo de violencia, aunque no se encuentran exentas de su uso instrumental en algunos casos puntuales.

De acuerdo con algunos testimonios, como veremos más adelante, las mujeres que forman parte de las maras sufren de la violencia directa, pero sobre todo de la indirecta, a diario. Es importante entender que las maras no dejan de ser expresiones particulares de una sociedad que se resquebraja, pero que al mismo tiempo mantiene inamovibles ciertos valores. Sin dudas hablamos de una sociedad eminentemente machista, en la que la mayoría de las mujeres quedan reducidas a atender al hombre, independientemente de la clase social a la que pertenezcan. Si a eso se le suma el hecho de que la procedencia de las mujeres es de un sector social desfavorecido, deben agregarse a sus tareas cuestiones domésticas y de la crianza de los niños de la pareja, que se espera que establezca a temprana edad. Sin embargo, vale aclarar que esta arista del tema no es objeto del presente trabajo.

Dentro de la mara, esos patrones sociales se reproducen. La mayoría de las mujeres que ingresan lo hacen para cumplir funciones periféricas, o bien para asegurarse del bienestar de los hombres. Algunas logran posicionarse como novias (*jainas*) de los jefes y se ganan de esa forma un cierto bienestar. Las que no lo consiguen son cosificadas y mantienen relaciones sexuales con los hombres que así lo deseen dentro de la clica. Unas pocas, en cambio, ingresan con el objetivo de ganar poder y hacerse respetar. Estas serán las menos, como veremos en la próxima sección.

El rol de las mujeres dentro de las maras

Las maras están asentadas en sociedades patriarcales que en muchos casos son tildadas de machistas. Aunque en los inicios del fenómeno el rol que las mujeres ocupaban quedaba claramente vinculado a un lugar de sumisión, en los últimos tiempos ese lugar parece haber cambiado. Al menos ha sido así para algunas de las mujeres que han decidido formar parte de una pandilla transnacional.

El proceso de ingreso a una mara no suele ser breve; por el contrario, la estrategia de cooptación puede prolongarse por un lapso de dos o tres años, dependiendo de la edad del sujeto al que se quiera incorporar (algunos comienzan su relación con la mara a los 7 u 8 años). Las niñas primero son “simpatizantes” de la mara y cumplen con recados menores. Luego, a medida que pasa el tiempo, en la fase de chequeo (Interpeace, 2013) se

ven más involucradas en las actividades delictivas de la pandilla. En el caso de las niñas, ya con 11 o 12 años son enviadas a cobrar peajes a los comerciantes y transportistas de su barrio (a quienes o les cobran o les entregan instrucciones sobre cómo realizar los pagos para estar “protegidos”), por dos motivos: en primer lugar, es difícil que sean identificadas como miembros de la mara, más aún si se mueven solas; en segundo lugar, a esa edad son inimputables. Es decir, si son detenidas, pasarán unos meses en un centro correccional, pero podrán recuperar la libertad medianamente rápido y no podrán ser enjuiciadas y encarceladas. Una vez “chequeadas”, pueden someterse a los rituales que derivarán en su ingreso efectivo a la mara.

Los motivos que llevan a las mujeres a unirse a la mara son diversos: en algunos casos se busca acogida familiar (como resultado de maltrato infantil o de violencia sexual); en otros casos cuenta el atractivo que ejerce el acceso a las drogas, las armas, el sexo, el dinero (la extrema pobreza y el desempleo aparecen como motivos centrales para el ingreso a la mara, aunque luego los números no parecen respaldar la idea de que la organización mejore la situación económica de sus miembros), y muchas veces se busca protección frente al avance de la otra mara (Interpeace, 2013; CEAR, 2013). Lo cierto es que, de acuerdo con diversos testimonios obtenidos por parte de organizaciones no gubernamentales, la mayoría de las mareras proviene de hogares desmembrados y/o disfuncionales. Como relata una ex-pandillera de Guatemala: “Yo entré a los 12 años a la mara 18, porque mi madre hacía que le llevara dinero y no le importaba de dónde lo sacaba; lo tenía que llevar” (Interpeace, 2013, p. 28). En otros casos, padres o padrastros alcohólicos o abusivos surgen como el principal motivo que encuentran las niñas para incorporarse a la mara desde temprana edad.

Es necesario entonces hacer referencia a dos cuestiones que determinan el rol que una mujer puede llegar a ocupar en la mara: por un lado, la forma en la que se ingresa a la organización; y, por el otro lado, las tareas que está dispuesta a realizar, así como también con quién establece los lazos más fuertes dentro de la clica.

Con respecto al ingreso a la organización, el ritual de iniciación permite reconocer si un potencial miembro es capaz o no de cumplir los requisitos pautados para ingresar a la mara. En ese momento, los elementos más considerados por parte de los jefes son la fuerza corporal, la habilidad y capacidad de adaptación, así como la rapidez en las reacciones. Para brincar (ingresar) a la mara existen al menos tres mecanismos. El primero es la *golpiza* o el “zapateo” (patadas): este es el método más popular de ingreso; consiste en soportar, sin defenderse, golpes propinados por varias personas (ya sea hombres o mujeres) durante 13 o 18 segundos, según el grupo al que se busque pertenecer. El segundo mecanismo

es la “coronación”: esto es, el ingreso tras haber dado muerte a alguien de acuerdo a lo solicitado por los jefes de la clicca. Y, finalmente, el tercer mecanismo es el “trecito” o “dar amor” (Rubio, 2011), o violación sexual en grupo, que varía en duración y participantes de acuerdo a lo que las mujeres sean capaces de soportar. Podríamos agregar una cuarta forma, la cual sería “convertirse en la jaina” (esposa/compañera) de alguno de los meros (jefes) de la pandilla, considerando que muchas mujeres no son capaces de tolerar ni la golpiza ni la violación y, al ingresar de la mano de los jefes, acceden a un lugar privilegiado dentro de la mara.

Lo cierto es que, de acuerdo con diversos testimonios, quienes optan por el trecito difícilmente logran ser respetadas dentro de la organización y quedan confinadas a tareas de índole doméstica, principalmente lavado de ropa, cocina para el resto de los miembros y cuidado de los hombres. A lo sumo se las utiliza para transportar armas y drogas en determinados momentos en los que resultan menos sospechosas que los hombres. El testimonio de una ex-marera salvadoreña da cuenta de ello: “La verdad, no se le toma parte en el grupo porque no tienen ningún respeto” (Interpeace, 2013, p. 30). En palabras de Medea, miembro de la MS 13 desde que tenía 11 años, para ser parte real de la mara hay que exponerse tal como lo hacen los hombres:

Cuando yo ingresé a la pandilla a mí me dieron verga [golpearon]. Me brincaron [incorporaron] con vergazos. A otras las brincaron con sexo. Eso es horrible; luego los *homeboys* no las respetan. A nosotras sí, porque saben que pasamos lo mismo que ellos (Martínez, 2016, s/p).

Quienes ingresan a la mara tras coronarse matando a alguien o luego de soportar la prolongada golpiza con dignidad son incorporadas plenamente en la pandilla. Para ellas, los jefes de la clicca tienen reservadas tareas que van desde el sicariato hasta “hacer de campanas” en lugares en los que miembros de la mara están delinquiendo, pasando por ser vigías de las esquinas o territorios controlados por la mara rival. Sin duda, las que son capaces de asesinar por encargo son las que tienen más posibilidades de ganarse el respeto y, con él, un lugar más allá de la relación personal que desarrollen con los jefes. Distinto es el caso de algunas de las que ingresaron tras el brinco, que logran escalar posiciones dentro de la organización al convertirse en la jaina de los que ocupan la parte más alta de la pirámide. Sin embargo, esa posición también las convierte en un blanco para la pandilla rival, ya que al ser las mujeres de jefes de la clicca, una manera de atacarlos o vengarse es a través de ellas. Finalmente, quienes ingresan como jainas a la pandilla triangulan su relación a través de los meros y de la voluntad de ellos depende su destino. No pertenecen a la mara, sino a su hombre. “La entrada a la pandilla fue cuando yo

empecé a salir con el mero jefe de la pandilla. De allí todos me respetaban porque yo era la señora del jefe”, dice una expandillera de Honduras (Interpeace, 2013, p. 30).

Según el testimonio de Medea (Martínez, 2016), las mujeres dentro de la mara son “mulas”, aludiendo a que los hombres las mueven como ellos quieren. Algunas son firmes y se ganan el respeto de sus compañeros, pero estas son pocas. Por otra parte, la mujer es la gran debilidad del marero, cuenta Medea; por eso muchas veces ella es objeto del ataque de la mara rival.

De acuerdo con el CEAR, aún existen algunas clicas donde está prohibido el ingreso de mujeres, pero, más allá de eso, es necesario destacar las tareas a las que suelen estar confinadas las integrantes de la mara, puesto que aquellas reproducen las prácticas sociales. En este sentido, “la discriminación, desigualdad y subordinación” es característica (CEAR, 2013, p. 47). Esto se ve claramente en su rol de compañeras sexuales, de cocineras para el grupo, de criadoras de niños y de colaboradoras o enlaces con el mundo exterior, ya que hacen de mensajeras de la pandilla, en especial cuando sus parejas están encarceladas. Como relata una ex-pandillera: “Yo pasaba en la casa y hacía la comida para él, la limpieza, y él llevaba más amigos y tenía que hacer comida para ellos. Llegaban otras amigas para apoyar. Ellos daban el dinero para la comida” (Interpeace, 2013, p. 33).

Como ya mencionamos, hay mareras –si bien en mucho menor medida– que se posicionan en igualdad de condiciones que los hombres, y participan de situaciones violentas, portan armas, extorsionan y venden droga. En ese contexto, se valen de su condición de mujer para atraer a los hombres con el fin de extorsionarlos y hasta secuestrarlos, volviéndolos más redituables. Como cuenta Lucía Pérez en una entrevista que otorgó a *La Vanguardia*, ella era ruda y valiente, y por eso se ganó un lugar dentro de la clica. De acuerdo con su testimonio: “En general, a las mujeres nos toca hacer casi lo mismo que a los hombres: robar, vender drogas, armas, organizar algún secuestro y asesinar” (Franco, 2013). Cumplir con estas tareas, señalaba Lucía, no solo era parte de la vida diaria, sino que se había convertido en una forma de sobrevivir (Pérez Domenech, 2015).

Lucía destaca que el reclutamiento de mujeres es primordial en la mara, ya que estas ayudan a esconder droga, recoger la renta e incluso asesinar a miembros de la mara rival. Según ella, en el caso de las jainas, la situación es más peligrosa porque “nadie puede tocarlas, ni verlas. Ellas tienen que ser leales a su marido para no perder este status dentro de la mara, y la vida” (Pérez Domenech, 2015, s/p). En este sentido, la invisibilidad de las mujeres termina generando una ventaja para ellas y para la organización. Para ellas, el pasar desapercibidas les da mayor seguridad en la calle (en el caso de las jainas más aún,

puesto que no llevan tatuajes ni se visten como lo hacen las mareras; son más femeninas) y pueden llevar adelante ilícitos de cualquier tipo sin que nadie sospeche que los están por cometer. De esa forma, la mara saca un rédito concreto de su incorporación, sea porque colabora a la hora de obtener algún beneficio económico proveniente de la venta de drogas, artículos robados o secuestros realizados, o sea porque puede llegar hasta la mara rival y asesinar a alguno de sus miembros más importantes a modo de venganza y demostración de poder.

Sin embargo, salvo contadas excepciones, las mujeres no son consideradas a la hora de tomar decisiones, ocupan lugares más bajos dentro de la jerarquía que rige la mara y se las sigue viendo como el sexo débil. En este sentido, su falta de participación durante la “Tregua”¹ que tuvo lugar en El Salvador da cuenta de que no existían ni líderes ni portavoces femeninas. Su ausencia en las negociaciones no se debió a una falta de interés en el tema a tratar, sino al rol secundario que las mujeres ocupan en la mara.

Un capítulo aparte merece el fuerte control en torno a la sexualidad de las mujeres, que se da dentro de las maras y que no se reproduce en el caso de los hombres. Por un lado, estos son libres de estar con cuantas mujeres quieran, mientras que las mujeres deben serle fiel a su pareja (de lo contrario son castigadas por la mara). Por otra parte, pueden elegir compañero dentro de la clicca, pero al mismo tiempo son objetos sexuales para el resto de los mareros, salvo que sean las novias de los jefes, en cuyo caso se vuelven intocables e inalcanzables. Quizás sea por esto que las mujeres que ingresan como jainas lo hacen como parejas de jefes y no de mareros de bajo rango, aunque también puede deberse a que la vida en la organización es más tranquila y acomodada si ingresan como mujeres de los jefes, además de que evitan el ritual de ingreso.

Lo que aparece como una constante entre las mujeres es el cambio de actitud frente a la mara una vez que se convierten en madres. Muchas se niegan a seguir cumpliendo con las tareas más violentas, pero permanecen en esta familia sustituta llevando adelante las tareas domésticas y, de vez en cuando, participando de delitos menores. La crianza de los niños en el entorno de la mara supone condicionarlos para que reproduzcan ciertas conductas de forma tal que se asegure una nueva generación de mareros. También puede dejárselos al cuidado de sus abuelas, por fuera de la pandilla, como una manera de intentar alejarlos de la violencia, protegiéndolos de los abusos que ellas mismas pueden

¹ En el año 2012, los mareros en El Salvador decidieron implementar lo que ellos mismos denominaron Tregua. Se trató de un acuerdo entre maras con la idea de poner fin a la violencia, reduciendo drásticamente los homicidios. El proceso duró poco más de un año y no tuvo resultados que fueran capaces de sostenerse en el tiempo. Para más información consultar Bartolomé y Sampó (2014).

haber sufrido. Otras mujeres, en cambio, intentan salir de la organización, aun sabiendo que eso puede valerles la muerte tras haber abandonado la mara.

Aunque se supone que los denominados *homies* o hermanos son familia y, por tanto, iguales, en el caso de las mujeres ello no es tan cierto. Pero, en vistas a abandonar la vida en la mara, la situación es igualmente compleja.

Algunas mujeres, como Little One, han pertenecido a una mara desde muy pequeñas (ella ingresó a las 11 años) y, una vez con niños a su cargo, quieren dejar el violento mundo que las rodea: “Ahora lo que quiero es estar con mis hijos, quiero verlos hacerse grandes” (Martínez Casares, 2009, s/p), relata la ex-miembro de la mara Barrio 18. El problema es que para eso debe ocultarse en una casa humilde donde comparte la cama con sus dos niños pequeños, y vive prácticamente encerrada, con terror a que sus propios ex-compañeros la descubran.

Medea cuenta cómo se quemó uno de los tatuajes que revestían su cuerpo justo donde decía MS y huyó. Pasados algunos meses regresó, pensando que se podía dar por retirada. Sin embargo, nada de eso pasó:

De la Mara Salvatrucha nunca te retirás. De por vida vamos a ser pandilleros. A mí me mandaron a llamar y me dijeron que les enseñara el tatuaje. Me vieron quemada y se pusieron locos [...] ¿Qué querés, que te arranquemos el brazo, que te hagamos pedazos o que te pisemos (violemos)? (Martínez, 2016, s/p)

Medea aceptó que la violaran para seguir viviendo; soportó que la tocaran distintos hombres, incluso algunos de sus ex-compañeros de clicas (Martínez, 2016). Es de señalar que la violación no solo se utiliza como mecanismo de control dentro de la mara, sino que se usa para aterrorizar a las comunidades locales.

El esposo de Medea había caído preso en ese tiempo, y ella había perdido su estatus y el respeto que le tenían antes de la violación. No le quedó otra opción que volverse una jaina devota y visitar semanalmente a su marido. A causa de esas visitas quedó embarazada dos veces más, y cuando intentó separarse, el hombre le dejó saber que estarían juntos hasta la muerte: “El día que me maten a mí, o que yo me muera, ya dejé dicho que te tienen que matar a vos también. Vos sos mía; que te quede claro” (Martínez, 2016, s/p). Peor fue entonces la posición en la que quedó Medea, convirtiéndose en el nexo entre su esposo y la clicas. Ella tenía que ser sus ojos y oídos al interior de la organización. Pero además es

controlada por los *homies*, quienes le reportan a su esposo sobre todos sus movimientos y junto con eso únicamente puede desplazarse acompañada.

En realidad, la mara solo puede abandonarse con la muerte, aunque en muchos casos se acepta que algunos miembros se “calmen”, esto es, que dejen de formar parte de manera activa e intenten reconstruir su vida por fuera de la clica, de la mano de la Iglesia. Sin embargo, eso no significa que la policía o la otra mara dejen de reconocerlos como miembros de su pandilla, por lo que corren peligro allí donde estén (más allá de los límites territoriales de su organización).

Las mujeres convertidas en madres se sienten solas e indefensas con sus hijos y no quieren que ellos repitan su historia. Además, como la esperanza de vida es muy baja dentro de la mara, la mayoría de la gente con la que se relacionan ha muerto. Ellas son muertas en vida. Solo siguen adelante para asegurarse de que sus niños no cometan los mismos errores que sus progenitores y entorno.

Conclusiones

A pesar de la falta de visibilización de las mujeres que forman parte de las maras, su rol parece ser cada vez más importante para la organización. Lejos de ocuparse exclusivamente de las tareas del hogar, las mareras cumplen un papel central para la reproducción de pautas sociales que permiten la continuidad de las pandillas, al tiempo que contribuyen de distintas maneras para que la clica se autosustente.

En primer lugar, la mayoría de las mujeres que pertenecen a una mara aceptan que la organización les asigne un rol secundario, muy relacionado con la esencia machista de las sociedades centroamericanas. Sin embargo, ese posicionamiento les permite vincularse con actividades delictivas de manera casi impune. No por nada representan apenas un porcentaje residual de los detenidos de la mara. Las mujeres pasan más desapercibidas en las calles a la hora de exigir extorsiones y sobornos, al moverse armadas y con drogas. De hecho, los jefes las utilizan para realizar tareas en las que, en cambio, los hombres son descubiertos muy fácilmente.

En este contexto es importante destacar que no existe un solo rol para las mujeres. En primer lugar es necesario remarcar el lugar de las jainas; como ya mencionamos, aunque

no forman parte directamente de la mara, sino en forma triangulada a través del jefe del que son pareja, se vuelven cada vez más peligrosas. Son prácticamente invisibles, no solo para aquellos que no pertenecen a la pandilla, sino también para quienes forman parte de ella. Eso las vuelve letales, dado y considerando que no suelen estar tatuadas y se visten femeninamente, por lo que no son fácilmente identificables, ni por los pandilleros ni por la policía. En muchas ocasiones son las encargadas de realizar tareas de inteligencia sobre objetivos pautados por las más altas cúpulas de la mara. Por otro lado, funcionan de nexo entre los jefes encarcelados y el exterior, ya que son las únicas que tienen acceso a ellos durante las visitas semanales.

En segundo lugar, es necesario hablar de las mujeres que ingresan a la mara luego de “coronarse” –o asesinar a alguien. Ellas buscan ganarse un lugar tan respetado como el de los hombres y para ello están dispuestas a realizar las mismas tareas que ellos fuera de la mara. Muchas veces son sicarios, pero también se encargan de proteger a sus hombres, puesto que pueden cargar armas con mucha mayor libertad que ellos. Pueden ser tan violentas como sus compañeros y además de extorsionar pueden dedicarse a vender drogas. Ingresan a la mara con el respeto de sus compañeros y ascienden dentro de la estructura existente a medida que muestran más coraje, violencia y compromiso con la pandilla.

Finalmente, en tercer término están las mujeres que ingresan a la mara tras la golpiza o el trencito. Estas se encuentran en la base de la pirámide y en general se les encargan tareas domésticas. Sin embargo, en términos de respeto de los compañeros y de posibilidades de ascenso, los testimonios parecen dar cuenta de que quienes brincan a través del trencito están confinadas a ser acompañantes sexuales y a ocuparse de los hombres, mientras que las que toleraron la golpiza tienen la posibilidad de ascender de acuerdo a las tareas que vayan realizando. Para mejorar su posición en la estructura necesitan ganarse la confianza de los jefes a partir de sus acciones y del respeto a los códigos de silencio y lealtad que se encuentran fuertemente enraizados en la cultura de la pandilla.

Es importante resaltar que al convertirse en madres (cosa que sucede en forma bastante temprana dentro de la mara), muchas mujeres intentan abandonar la pandilla para que sus hijos no crezcan en un ambiente violento, como el que las terminó impulsando a ellas a optar por este tipo de vida. La exposición a la muerte es lo que más las preocupa en el caso de sus hijos. De cualquier forma, en la mayor parte de los casos, a causa de la sumisión a la que están sometidas, pero también a causa de las consecuencias que conlleva la huida, las mujeres madres se terminan quedando dentro de la mara. Sus hijos, entonces, crecerán alejados de toda socialización primaria ajena a la de la mara y se nutren

casi exclusivamente de una cultura que acuña la violencia y premia la agresión, junto con una serie de conductas ilegales. Su familia es la pandilla y no conocen otra alternativa.

Está claro entonces que de allí no surgirán más que nuevas generaciones de mareros, que se encargarán de reproducir el orden social al que pertenecen, que es distinto al vigente en el resto de la sociedad, pero que termina reproduciendo pautas culturales muy fuertes vinculadas al machismo.

En resumen, las mujeres que sufren la violencia del contexto social que las rodea muchas veces acuden a la mara huyendo de esa situación; no obstante, se encuentran envueltas en otras situaciones de violencia que, muchas veces, las tienen de protagonistas. En definitiva, las mujeres son objetos y sujetos de violencia, tal como plantea el informe de Interpeace (2013); las mujeres son violentas y violentadas. El rol que tengan en la mara dependerá de la forma en la que ingresen y determinará las tareas que cumplan una vez adentro. De cualquier forma, y aun teniendo voz y voto, siempre estarán sometidas a las órdenes de los hombres que lideran la pandilla, aunque ellas también constituyan el talón de Aquiles de los hombres. Para la mayoría de los mareros, las mujeres son solo un objeto de deseo y de venganza perfecto, como destacan en la asociación feminista Las Dignas.

Referencias

- Arana, A. (2005). Cómo las pandillas invadieron América Central. *Foreign Affairs* en español, jul.-sept. Recuperado de: <https://www.foreignaffairs.com/articles/central-america-caribbean/2005-05-01/how-street-gangs-took-central-america>.
- Bartolomé, M. y Sampó, C. (2014). Reflexiones sobre el cumplimiento de la tregua entre maras en El Salvador. *Revista Estudios Internacionales*, vol. 46, N° 177: 89-106.
- Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR) (2013). *Maras en Centroamérica y México (Costa Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, El Salvador)*. Madrid: Autor. Recuperado de: <http://cear.es/wp-content/uploads/2013/10/CENTROAMERICA.-2013.-Maras.pdf>
- Franco, M. (2013). Lucia Perez: “A los 12 años aprendí a ser una asesina”. *La Vanguardia*, 02/07/2013. Recuperado de: <http://www.lavanguardia.com/vida/20130702/54376464422/entrevista-lucia-perez-mara-salvatrucha.html>

-
- Galtung, J. (2004). Violencia, guerra y su impacto. Sobre los efectos visibles e invisibles de la violencia. *Polylong. Foro para filosofía intercultural* (online). Recuperado de: <http://them.polylog.org/5/fgj-es.htm>
- Gurney, K. (2014). Informe detalla cómo pandillas de El Salvador utilizan violación como arma. *InSight Crime*, 7 de noviembre. Recuperado de: <http://es.insightcrime.org/noticias-del-dia/pandillas-el-salvador-violacion-arma>
- Interpeace (2013). *Violentas y violentadas: relaciones de género en las maras Salvatrucha y Barrio 18 del Triángulo Norte de Centroamérica*. Ciudad de Guatemala: Interpeace Regional Office for Latin América.
- Makazaga, I. (2015). Las niñas presas de El Salvador. *El País*, 8 de julio. Recuperado de: http://elpais.com/elpais/2015/07/03/planeta_futuro/1435911320_753927.html
- Martínez Casares, A (2009). Marcada por la vida: historia de una pandillera de la “18”. *Soitu.es* (online), 16 de septiembre. Recuperado de: www.soitu.es/soitu/2009/09/16/actualidad/1253084922_429147.html
- Martínez, J. J. (2016). Así viven y mueren las mujeres pandilleras en El Salvador. *Factum* (online), 11 de marzo de 2016. Recuperado de: revistafactum.com/asi-viven-y-mueren-las-mujeres-pandilleras-en-el-salvador/
- Morrison, M., Buvinic, A. y Shifter, M. (2005). América violenta: factores de riesgo, consecuencias e implicaciones para las políticas sobre la violencia social y doméstica. En H. Fruhling, J. Tulchin y H. Colding (eds.), *Crimen y violencia en América Latina* (pp. 117-151). Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- OEA (2008). *La seguridad pública en las Américas: retos y oportunidades*. Washington D.C.: Secretaría General de la Organización de los Estados Americanos.
- Palomo, E. (2015). Las niñas reclutadas por las maras en Honduras para cobrar extorsiones. *BBC Mundo* 30 de octubre. Recuperado de: http://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/10/151028_honduras_bandas_extorsion_ninas_ep
- Peirce, J. (2014). Faltan mujeres en la tregua de pandillas en El Salvador. *InSight Crime*, 7 de enero. Recuperado de: <http://es.insightcrime.org/analisis/faltan-las-mujeres-en-la-tregua-de-pandillas-en-el-salvador>

-
- Pérez Domenech, R. (2015). Mujeres maras y su realidad en las pandillas centroamericanas. *Zócalo*, 9 de diciembre. Recuperado de: <http://www.zocalo.com.mx/seccion/articulo/mujeres-maras-y-su-realidad-en-las-pandillas-centroamericanas-1449640249>
- PNUD (2013). *Informe sobre desarrollo humano, El Salvador 2013: Imaginar un nuevo país. Hacerlo posible. Diagnóstico y propuesta*. San Salvador: PNUD.
- Rubio, M. (2011). Elite Membership and Sexualized Violence among Central American Gangs. En T. Bruneau, L. Dammert y E. Skinner (eds.), *Maras: Gang Violence and Security in Central America* (pp. 159-179). Austin: University of Texas Press.
- Sampó, C. (2013). Violencia en Centroamérica: las maras en El Salvador, Guatemala y Honduras. *Revista ESD*, diciembre, N° 2, s/p. Recuperado de: <http://esd.anepe.cl/article/violencia-en-centroamerica-las-maras-en-el-salvador-guatemala-y-honduras/>
- . (2014). La acción de las Maras en Centroamérica y las políticas implementadas desde los gobiernos de la región para su combate. En C. Garay Vera, L. Pérez Gil y V. Troncoso Zúñiga (eds.), *Desafíos del sector Defensa, Gobernabilidad y Seguridad en América Latina* (pp. 222-236). Santiago: Universidad de Santiago de Chile. Recuperado de: http://seguridadcondemocracia.org/administrador_de_carpetas/biblioteca_virtual/Gobernabilidad_y_Seguridad_Defensa_en_AL.pdf ISBN 978-956-8416-36-2.
- Sampó, C. y Troncoso, V. (2015). La violencia vinculada a la criminalidad en Brasil y el papel de las Fuerzas Armadas en la búsqueda de la seguridad pública. *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad* 10(1), pp. 89-109. Recuperado de: <http://revistas.unimilitar.edu.co/index.php/ries/article/view/364/221>
- Sullivan, J. (2008). Pandillas transnacionales. El impacto de las pandillas de tercera generación en América Central. *Air & Space Power Journal*. Segundo trimestre. Recuperado de: <http://www.au.af.mil/au/afri/aspj/apjinternational/apj-s/2008/2tri08/sullivan.htm>
- UNODC (2014). *Global Study on Homicides*. Viena: United Nations Office on Drugs and Crime.